

VERSOS Y POLÍTICA EN EL SIGLO XVIII: LA ODA AL CONDE DE ARANDA, DE STANISLAO KONARSKI

Jorge Fernández López
José Luis Gómez Urdáñez
Universidad de La Rioja

Andrzej Stefanczyk
Cezary Taracha
Universidad de Lublin, Polonia

RESUMEN: El abate Konarski escribió una oda homenajeando al conde de Aranda cuando el gran político aragonés dejaba la embajada de Varsovia y se dirigía a Portugal, donde debía mandar las tropas que habían invadido el vecino país en 1762. Los resonantes triunfos que esperaba del conde el escolapio polaco no llegaron a producirse, pues la campaña militar fue un desastre; tampoco la oda era una ingenuidad del latinista polaco, pues escondía nada menos que el intento partidario de los valedores del rey Estanislao Augusto Poniatowski de estrechar lazos con las monarquías borbónicas.

Palabras clave: Konarski, Aranda, guerra contra Portugal, Tercer Pacto de Familia, Varsovia, Diplomacia, Carlos III.

VERSES AND POLITICS IN THE EIGHTEENTH CENTURY: “ODA AD COMITEM ARANDA”, BY STANISLAO KONARSKI

ABSTRACT: The abbot Konarski wrote an ode honouring count Aranda when the great aragonian politician left the embassy in Warsaw and headed to Portugal, where he should command the troops which invaded the neighbour country in 1762. The triumphs which the count was expecting from the Polish piarist never took place, as the military campaign was a disaster. The ode was not a simple-mindedness of the Konarski, as it was hiding the intention of the

supporters of the king Estanislao Augusto Poniatowski of strengthen ties with the Bourbon monarchies.

Keywords: Konarski, Aranda, war against Portugal, Third Pacte de Famille, Warsaw, Diplomacy, Charles III.

Hace 250 años, en mayo de 1762, el conde de Aranda, embajador de Carlos III en Polonia, dejaba Varsovia con destino a la guerra de Portugal. Militar de vocación, Aranda observaba con gran interés desde ese confín de Europa el desarrollo de la guerra, que se llamó “de los Siete Años”, entre las tropas imperiales, austriacas y rusas, y las prusianas de su idolatrado Federico II, en medio de la gran inestabilidad que él ya notó en el reino de Polonia. Dedicaba también tiempo a los temas económicos, a las relaciones comerciales que podían interesar a España, sobre todo en el Báltico. Buscando nuevos mercados para los productos españoles en aquel confín de Europa, se dirigió por propia iniciativa a Gdansk, donde se enteró de que España había entrado en la guerra.

Consciente de la poca importancia que tenía su embajada en el terreno político y diplomático –sobre todo después de la muerte de la reina María Amalia de Sajonia, hija del rey Federico Augusto II–, el embajador se dedicó en Varsovia a la vida mundana. Pronto se dio a conocer entre los varsovieses como organizador de fiestas, recepciones, suntuosas comidas y bailes de carnaval. Aranda veía en esta vida muelle y desenfadada una magnífica oportunidad para promocionar España en Polonia, siempre pensando en dejar en el mejor lugar a su idolatrado Carlos III; además, el conde ampliaba su red de amistades entre las élites políticas y sociales locales y los diplomáticos de legaciones extranjeras, como era su costumbre, ya demostrada en su embajada anterior, en Lisboa.

La declaración de guerra contra Inglaterra en enero de 1762 precipitó el final de su plácida vida en Polonia y, cumpliendo órdenes, el diplomático se transformó –como era su deseo– en militar, en jefe de las tropas españolas que habían invadido Portugal. Pero, contra lo que pregonaba la prensa europea y polaca sobre sus talentos militares y pretendidos éxitos en los campos de batalla, su papel fue, como veremos, muy mediocre, lo que no le evitó, sin embargo, ser el destinatario de la oda latina escrita por el padre Estanislao Konarski. Su fastuosa vida en Varsovia y su pretendida gloria militar son los principales hilos conductores del poema horaciano de Konarski, uno más de los homenajes rendidos al orgulloso diplomático español, grande de España (dos veces) y apasionado de su rey, al que seguía considerando “vicario de Dios en la tierra”. Pero, como comprobaremos, tras los versos asoma la política y el partidismo del autor, y también el interés político de su mentor, el que será nuevo rey polaco, Estanislao Augusto Poniatowski, interesado en mantener buenas relaciones con los reinos borbónicos de occidente.

La presente publicación es un resumen del libro publicado en Lublin, el sexto volumen de la *Biblioteka Polsko-Iberjiska*, fruto de la ya vieja colaboración entre historiadores y filólogos de las Universidades Católica de Lublin Juan Pablo II y de La Rioja. Recoge los objetivos principales de la investigación realizada en torno a la oda, a su autor y a su destinatario: dar a la luz la edición del texto escrito por Konarski en tres versiones, la original –latina– y su traducción al castellano (aquí no incluimos la traducción polaca a cargo del profesor Stefanczyk); y realizar un amplio comentario crítico, histórico y filológico que permita comprender el contenido de la oda *Ad comitem Aranda* y situarla en el contexto histórico. Todo ello, 250 años después de que el conde de Aranda abandonara Polonia, donde pasó dos años alegre y desenfadado, aunque no por ello dejó de reflexionar profundamente sobre la situación política, como lo prueba su abundante correspondencia¹.

Konarski y la oda al conde de Aranda

El escolapio Stanislaw Konarski (1700-1773) es presentado por la *Catholic Encyclopedia* como “el gran reformador del sistema escolar polaco”. Educado en el Collegium Nazarenum de Roma (1725-1727), desempeñó en él como profesor de retórica su primer ejercicio profesional. Tras diversos viajes formativos por Francia, Alemania y Holanda (donde estuvo en contacto con la corte del rey polaco exiliado), regresó a Polonia en 1738, convencido de asumir la misión reformadora en el campo educativo que necesariamente debería preceder a cualquier reforma política con posibilidades de éxito y digna de tal nombre.

Entre sus iniciativas en este ámbito destaca la fundación en Varsovia (en 1740) del Collegium Nobilium, una escuela elitista para los hijos de las clases dirigentes, así como su papel decisivo para que el papa Benedicto XIV promulgara, en 1754, un cambio en la regla de los escolapios, que obligaba a todos los miembros de la orden a convertirse en profesores. Ello multiplicó el número de escuelas de la orden y difundió un nuevo currículum ya no dirigido exclusivamente a la nobleza, en el que se incluía el estudio de las lenguas clásicas, de la historia, la geografía y las ciencias naturales, de la filosofía, el derecho romano y polaco, y de las lenguas modernas.

Konarski publicó varias obras sobre asuntos legales y jurídicos –en los que se había hecho un especialista–, un manual de retórica (en 1767, bajo un título, *De arte bene cogitandi, ad artem bene dicendi necessaria*, que pretende dejar clara la preeminencia de lo argumentativo sobre lo expresivo en el campo de la elocuencia), una tragedia (*Epaminonda*, 1756, muestra de su aprecio por el valor for-

1. *Cartas desde Varsovia. Correspondencia privada entre el conde de Aranda y Ricardo Wall (1760-1762)*, eds. C. González Caizán, C. Taracha, D. Téllez Alarcía ; Lublin 2005.

mativo del arte dramático) y, lo que aquí nos concierne, una colección de composiciones poéticas que denominó *Opera lyrica* (Varsovia, 1767; reeditadas ya póstumamente también en Varsovia en 1780)².

El volumen de estas *Opera lyrica* se abre con un brevísimo prólogo de un editor –que no se identifica– dirigido, como es habitual, al lector en general³. En él se desgranar varios tópicos del género liminar: se dice en primer lugar que dicho editor (¿caso en realidad el mismo Konarski, afectando ser otra persona?) ha conseguido reunir unas cuantas de las odas que no se habían perdido o que el autor no había llegado a quemar aun habiendo sido escritas en su juventud, y que les ha añadido alguna mínima nota explicativa no dirigida a los lectores doctos, sino concebida para facilitar la comprensión de los jóvenes y estudiantes⁴. Se aclara luego que el contenido del libro se redondea con dos sátiras (*sermones*) y un poema dirigido al rey Estanislao, todo ello a continuación de las *Odas*⁵. A pesar, continúa el prólogo, de que no hay comparación posible entre los autores contemporáneos que escriben en latín y los ilustres modelos antiguos, no quiere dejar de señalar su redactor la inspiración horaciana que preside las composiciones de Konarski (el texto alude al poeta romano no por su nombre propio, sino mediante su gentilicio, *Venusinus*), aunque habrá de ser el lector, eso sí, quien juzgue cuánto del modelo antiguo han conseguido conservar estos poemas⁶.

Las 23 *Odas*, compuestas en los metros eolios que Horacio sancionó (predominan las estrofas sáficas y alcaicas, aunque las hay también en sistemas asclepiadeos y en falecios *kata stychon*), tratan temas variados en los que es fácil detectar la impronta horaciana unida a las inquietudes propias de las circunstancias vividas por Konarski. Así, hay alguna dedicada a la complejidad de la vida en la corte⁷, otras que demuestran la preocupación central que Konarski sentía

2. Ambas obras están accesibles a través de Google Books.

3. S. KONARSKI, *Opera lyrica*, [Varsovia], s. n., 1767, pp. 1-2.

4. “Post deperditas, imo et ab ipso auctore combustas complures quas in iuvenili aetate conscripserat Odas, paucas quidem has, quas colligere potui in lucem edendas, neque pro viris eruditis, sed dumtaxat ad iuvandam facilius adolescentibus studiosis earundem intelligentiam et captum, aliquibus notis eas illustrandas, censui.” (*Ibidem*, pp. 1-2)

5. “Adiunxi his sermones eiusden duos et carmen quod iam fere deperierat ad Stanislaum Poloniae Regem.” (*Ibidem*, p. 2) El primero de ellos, “Sermo de vera gloria” (*ibidem*, pp. 119-137), está basado en *Epist.* II 1 de Horacio, según declara explícitamente el *argumentum* introductorio en prosa (*ibidem*, pp. 119-120) que precede a los hexámetros de la sátira; el siguiente es un “Sermo de virtute” (*ibidem*, pp. 138-149).

6. “Vanum id quidem et prope temerarium esset auctores latinos nostri aevi priscis illis Latinae linguae parentibus facultatisque poeticae principibus comparare. Venusini tamen et styli elegantiam, simplicitatem ac claritatem, et sententiarum gravitatem, si quis fortasse prae hoc nostro clarissimo auctore, felicius propiusve assecutus sit, tuo, lector benevole, iudicio decernendum relinquo.” (*Ibidem*, p. 2)

7. Oda I, “De simulatione hominum”, *ibidem*, pp. 3-7.

8. Oda II, “Vaticinium e iuventutis educatione de futura republica”, *ibidem*, pp. 7-8 y Oda III, “Ad clarissimos iuvenes Collegii nobilium Varsaviensis”, *ibidem*, pp. 9-16.

por la educación⁸, y varias que, en la línea de las llamadas “Odas romanas” de Horacio (*Carm.* III 1-6), denuncian la ruina a la que los ciudadanos egoístas e inconscientes han abocado al estado (en este caso, claro está, el polaco)⁹. No faltan meditaciones morales que, al modo horaciano de inspiración epicúrea, advierten sobre la necesidad de controlar las pasiones humanas o sobre la brevedad de la vida¹⁰, ni tampoco odas compuestas con ocasión de asuntos contemporáneos como el terremoto de Lisboa de 1755 o episodios bélicos diversos¹¹. Por haber, hay hasta un epitalamio que celebra las bodas del príncipe Adam Czartoryski con Elizabeth, Condesa de Fleming e hija del ministro de hacienda (*thesaurarius supremus*) del Gran Ducado de Lituania¹².

La Oda a Aranda

Independientemente del título y del asunto, casi todas las odas de la colección las dirige Konarski a dedicatarios concretos (con lo que, además de seguir la práctica habitual de Horacio, el poeta cumple con el esperado cometido de granjearse el favor de poderosos destinatarios), y algunas tienen como objeto específico el elogio de las personalidades en cuestión¹³: ese sería el caso de la oda que aquí nos interesa, la undécima, dedicada al Conde de Aranda, con motivo de la campaña militar que dirigió en Portugal en 1762 y que, según presenta el poema, habría acabado en triunfo (lo que ya anunciamos que no sucedió)¹⁴. Negociados en diciembre de 1762 los preliminares de la paz –que se firmaría en Pa-

9. Oda VIII, “De patriae libertatis incuriis et proditoribus”, *ibidem*, pp. 41-49 y Oda IX, “Execratio in malos cives proditoresque patriae iacta”, *ibidem*, pp. 50-51.

10. Oda XXI, “De cupiditate opum moderanda”, *ibidem*, pp. 110-111; Oda XXII, “De ambitione fraenanda”, *ibidem*, pp. 112-113; Oda XXIII, “De vitae brevitate”, *ibidem*, pp. 114-118.

11. Oda X, “In impium poetam quicumque sit auctor carminis de terrae motu Ulyssipponensi”, *ibidem*, pp. 51-54 (dirigida contra el *Poème sur le désastre de Lisbonne* de Voltaire, que cuestionaba la providencia divina y se mofaba de que un desastre natural hubiera castigado a la muy católica Lisboa); Oda IV, “Mala belli Prussici esse irae caelestis effectus”, *ibidem*, pp. 17-25.

12. La Oda VII, como indica su título, pondera las bondades de los matrimonios entre personas de la misma extracción social y económica VII: “In illud poetae ‘si vis nubere, nube pari’, cum Adamus, Dux in Klewan et Zukow, princeps Czartoryski, generalis terrarum Podoliae praefectus, Elisabetham, Comitum de Fleming, supremi magistri ducatus Lithuaniae thesaurarii filiam, sibi connubio felici iungeret 1761 die 19 Nov.”, *ibidem*, pp. 36-40. Entre los personajes destacados de la sociedad polaca con los que Aranda trabó amistad según Taracha (*op. cit.*, p. 10), se cuentan varios, como Czartoryski o Jablonowski, que son a su vez destinatarios de poemas de Konarski (Odas VII y VIII respectivamente).

13. Por ejemplo, la Oda XII, “Ad clarissimum iuvenem Vincentium Potocki, recens e Collegio Nobilium egressum, die eius nominis”, *ibidem*, pp. 64-66 o la XVIII, “In anniversario die electionis Stanislai Augusti, regis Poloniae, Magni Ducis Lithuaniae”, *ibidem*, pp. 100-103.

14. Oda XI, “Ad Comitem Aranda, principem virum optimateque Hispaniae (...), supremum Hispaniae exercitus bello Lusitanico ducem, post pactas condiciones pacis 1762...”, *ibidem*, pp. 55-63.

rís el 10 de febrero del año siguiente– y ya de vuelta en Madrid, tenemos constancia de que Aranda le acusó recibo al rey Estanislao Poniatowski de la Oda de Konarski en carta del 21 de marzo de 1763¹⁵.

Se trata, pues, de una oda triunfal o epinicio, ya que su finalidad principal es celebrar la victoria del Conde de Aranda en dicha campaña portuguesa y cantar las virtudes del militar triunfador. Konarski sigue muy de cerca a Horacio, modelo principal de la lírica antigua, al aunar la tradición griega con los nuevos moldes lingüísticos, literarios y culturales de Roma. La lírica antigua, es sabido, recibe su nombre por el acompañamiento musical que rodeaba la ejecución de la pieza poética, y se centraba en ámbitos temáticos concretos en los que predominaban el canto a los dioses, el elogio al héroe o al deportista, y la celebración del vino, del amor y del banquete. La lírica horaciana en particular incorpora, en la línea del elogio al héroe, la loa al gobernante.

La Oda de Konarski se inserta en una larga tradición europea de composiciones à l'horatienne¹⁶, que en Polonia había tenido sus máximos exponentes en las figuras de Jan Kochanowski y Kazimierz Sarbiewski (1595-1640)¹⁷: en efecto, como señala G. W. Most, “for Neo-Latin poetry until modern times, and for all vernacular literatures of Europe from the 16th to the 18th centuries, Horace provided the dominant model both for private lyrics celebrating wine and love and for public lyrics celebrating affairs of state (...)”¹⁸. Como varias de las de Hora-

15. C. TARACHA, “Pedro de Aranda: un aristócrata aragonés al servicio del Estado”, en *Cartas desde Varsovia. Correspondencia...* El texto íntegro de la carta, de la que Taracha reproduce las primeras palabras, es el siguiente (actualizado ortográficamente y corregidos lapsus): “Le révérend père Konarski vient de m’envoyer une Ode de sa composition que vous l’avez chargé de m’adresser au nom de votre illustre capitale Warsowie. Permettez moi de vous dire qu’en cette occasion vous ne vous êtes pas rendu assez de justice. Votre cœur m’est trop connu pour qu’un témoignage de cet éclat dut me faire sentir qu’il mérite de la part du mien le plus tendre et le plus inviolable attachement. J’oserai même m’offenser d’une preuve aussi superflue de l’amitié dont vous m’honorez, si je n’étais fermement persuadé que vous me procurerez d’occasions de témoigner ma reconnaissance à la respectable donation qui veut bien me continuer son souvenir d’une façon aussi distinguée. C’est le seul moyen dont je puisse mériter la continuation de son estimation fait ma principale ambition, et de faire éclater les sentiments avec les quels je me proteste.”

16. Cf. G. HIGHET, *La tradición clásica*, México, FCE, 1978 (=Oxford, 1949), pp. 385-402; perspectiva europea, con especial referencia al mundo francés, en las páginas iniciales de P. GALAND-HALLYN, “L’ode latine come genre tempéré: le lyrisme familial de Macrin dans les Hymnes de 1537”, *Humanistica Lovaniensia*, 50, 2001, pp. 221-265 (221-233); para el caso hispano (situado en su contexto europeo), cf. J. M. MAESTRE MAESTRE, “La oda latina en el Renacimiento hispánico”, en B. LÓPEZ BUENO (ed.), *La oda. II Encuentro internacional sobre poesía del Siglo de Oro*, Sevilla-Córdoba, Universidad de Sevilla, 1993, pp. 75-120.

17. Cf. K. FORDOŃSKI & P. URBANSKI, *Casimir Britannicus. English Translations, Paraphrases, and Emulations of the Poetry of Maciej Kazimierz Sarbiewski*, 2008.

18. G. W. MOST, “Horace”, en A. GRAFTON, G. W. MOST & S. SETTIS (eds.), *The Classical Tradition*, Harvard UP, 2010, pp. 454-460 (p. 456).

cio, la Oda de Konarski está compuesta en estrofas (un total de 32) de las llamadas “asclepiadeas A” (o “sistema asclepiadeo II”, según nomenclaturas), cada una de las cuales consta de tres versos asclepiadeos menores (– – – U U – II – U U – U X) y un gliconio (– – – U U – U X). Horacio usa este esquema en hasta nueve ocasiones (*Carm.* I 6, I 15, I 24, I 33, II 12, III 10, III 16, IV 5 y IV 12), y constituyó un molde versificatorio muy seguido en la poesía neolatina vigorosamente cultivada en toda Europa entre los siglos XV al XVIII.

El contenido de la oda viene a ser el siguiente: tras los versos de apertura (vv. 1-4) en los que el poeta saluda elogiosamente a Aranda y se interesa por las actividades a las que se entregará después de la victoria lusitana, una larga sección del poema se dedica a glosar las virtudes del conde, de las que habría hecho gala en su actuación como general vencedor. Así, se nos presenta a un Aranda sin el afán destructor de otros militares (vv. 5-12), valeroso y duro en la batalla pero benévolo con los vencidos (vv. 13-20), que se duele de las desgracias personales acarreadas por la guerra (vv. 21-36) y que no padece el ansia de gloria a la que, con funestos resultados incluso para seres queridos, se abandonan otros (vv. 37-44). Se pasa luego a evocar y celebrar la imaginada entrada triunfal de Aranda en Lisboa (vv. 45-52), y se introduce a continuación un extenso símil homérico en el que se exalta el alivio de los lisboetas al ser liberados por el conde victorioso de la terrible situación que padecían (vv. 53-68). El resultado de la victoria es un Aranda pacificador, que restaura la legalidad perdida y proporciona seguridad a los portugueses (vv. 69-84), lo que no es sino expresión del amor por la paz y de la modestia que adornan –más virtudes– a Aranda (vv. 85-96). El poeta aconseja entonces a Aranda que no se preocupe en exceso por indagar lo que pueden traer los tiempos venideros (vv. 97-100), lo que le sirve como transición para la parte final de la Oda, que aparta su foco del futuro y se centra en el pasado reciente. Se evoca entonces la estancia del conde en Varsovia, y al mismo tiempo se alaba su actitud y generosidad, se deja constancia del afecto de los polacos hacia su persona, se manifiesta la tristeza por la separación y se promete al conde agradecimiento eterno por los dones incomparables con los que ha agasajado a Polonia.

Los textos principales de Horacio que sirven de modelo a Konarski son dos odas en las que el verso principal es también el asclepiadeo, lo que facilita ciertas reminiscencias literales (véase más abajo). En primer lugar, *Carm.* I 1, de la que hay ecos verbales muy fieles en el arranque del poema (véase más abajo); en segundo lugar, y como fuente de más elementos, *Carm.* IV 5: se trata en este

19. Esta oda de Horacio tuvo fortuna en la Inglaterra coetánea: según señala D. MONEY, “The reception of Horace in the seventeenth and eighteenth centuries”, en S. J. HARRISON (ed.), *The Cambridge’s Companion to Horace*, pp. 318-333 (p. 321), “there were seven individual imitations of Odes 4.5, including [Jane Brereton], *The fifth ode of the fourth book of Horace, imitated: and apply’d to the King. By a lady* (London, 1716).”

caso de una oda dedicada por Horacio a Augusto con motivo de su reciente regreso de una expedición militar por Hispania, Galia y Germania que había durado tres años (16-13 a. C.)¹⁹. Compuesta exactamente en el mismo esquema métrico, Horacio traza en ella un retrato de Augusto como militar consumado, restaurador de la paz y la prosperidad y caudillo virtuoso y amado que guarda deliberadas semejanzas con el que Konarski propone para Aranda. Hay también claras afinidades conceptuales con las llamadas “Odas romanas” de Horacio (*Carm.* III 1-6), ya que tanto unas como otra comparten el contenido ‘ciudadano’ y el tono expiativo, profiláctico y regenerativo, amén de otras cercanías textuales que señalamos en el comentario. A pesar de las concomitancias textuales entre Konarski y su modelo romano, no estamos sin embargo ni mucho menos ante un producto que peque de ‘centonario’: más bien al contrario, los ecos que incluye Konarski no son el resultado de un zurcido más o menos hábil, sino el resultado del uso experto del *arte allusiva* en que se basaba la poesía latina y, por extensión, la neolatina.

El texto y la traducción

De las dos ediciones del texto, la segunda²⁰ es mucho más moderna, clara y elegante en tipografía; omite sin embargo el prólogo y las notas explicativas que aparecían en la *princeps*, y la caja del texto es algo mayor (lo que evita la frecuente partición en dos líneas de versos que se da en la de 1767, sobre todo cuando se trata de hexámetros). Dentro de este designio de mayor sobriedad editorial, la versión de 1780 no recurre a los ornamentos tipográficos que abundan en la de 1767, lo que, unido a lo anterior, hace que este volumen se quede en 116 páginas frente a las 174 de la original.

En cuanto a discrepancias textuales, no hay prácticamente ninguna entre ambas, más allá de divergencias ortográficas menores y de tres errores que la edición de 1780 desliza en el texto²¹. Hemos acudido por ello para el texto latino que reproducimos a continuación a la edición *princeps*, sometiéndola, como es lógico, a una regularización ortográfica y de puntuación conforme a criterios modernos.

La traducción que presentamos es, como puede verse, en prosa y, aun respetando el contenido de cada estrofa, la versión castellana se separa del orden sintáctico del original latino cuando este es demasiado violento.

20. S. KONARSKI, *Opera lyrica*, [Varsovia], s. n., 1780; Oda XI en pp. 37-43.

21. Se trata de *delicum* por *delicium* (v. 2), *vellicant* por *velificant* (v. 37) y *curus* por *curas* (v. 97).

DE XI

Ad Comitem Aranda, principem virum opti-
tatemque Hispaniae, equitem Aurei Vell-
leris, nuper legatum Catholici Regis ad Re-
gem et Rempubicam Poloniae; deinde
supremum Hispaniae exercitus bello Lusi-
tanico ducem; post pactas condiciones pa-
cis 1762 decantata nomine civitatis Varsa-
viensis.

Dux Aranda, atavis edite ditibus,
nostrae delictum dulce, tuae decus
gentis, laurígera Martis in otio
iam nunc ecquid ages manu?

- 5 Prudens inter eos non ego te duces
ponam, flamma, cinis, queis placet, urbium
qui turres sepelit, tecta ruentia, et
moles aequat humo graves.

- Victori placeant rudera barbaro,
10 ac gratus vacuis sit sonus aedibus,
et desertus ager, fana, lares, domus
olim non habitabiles.

- Sed concessa feris tuta cubilia
apris atque lupis antra rapacibus:
15 te mitem genuit, nec cui lenius
natura ingenium dedit;

- si te praecipitem vividus impetus
hostes in medios perpulit, hostibus
instar te voluit fulminis; at bonum
20 victis, te voluit patrem.

Tu lugens miseris, tu pia lumina
oblectare caves cladibus horridis;
te suspiria lamentaque virginis
sponsi funera flentis, et

ODA XI

Al Conde de Aranda, Grande de España de
primera clase, caballero del Toisón de Oro, em-
bajador hasta hace poco del rey católico ante el
rey y el estado de Polonia, y después general en
jefe del ejército español en la guerra lusitana;
cantada en nombre de la ciudad de Varsovia tras
el acuerdo de paz de 1762.

Aranda, general nacido de opulentos ante-
pasados, dulce amor de nuestro pueblo y honra
del tuyo, ¿por ventura desde ahora empeñarás
tu laureada diestra en el ocio de Marte?

Prudente como eres, no seré yo quien te si-
túe entre los generales a quienes deleitan las lla-
mas y las cenizas de las ciudades, las cuales se-
pultan torres, derriban techumbres y reducen a
humo pesadas construcciones.

Plazcan los escombros al bárbaro vence-
dor, y que a él le sean gratos el eco de los edi-
ficios vacíos, y el campo abandonado, y los
templos, hogares y casas inhabitables por largo
tiempo.

Pero se les concede guarida segura a los
animales salvajes, y cuevas a jabalíes y a lobos
voraces: natura te concibió clemente, y a nadie
otorgó carácter más benévolo;

si un ímpetu enérgico te ha decidido a lan-
zarte en medio de los enemigos, te convierte en
rayo fulminante contra ellos; pero ese mismo
impulso hace de ti un padre bondadoso para
los vencidos.

Tú lloras por los desgraciados, tú te cuidas
de que tus piadosos ojos no se recreen en ma-
tanzas terribles; a ti te desgarran los suspiros y
las quejas de la muchacha que llora la muerte
de su prometido,

- 25 voces militibus dira precantium
matrum, te tenerarum agmina coniugum
longas sparsa comas, saevaque proelia
detestantium inaniter,
- te tristis senii flebilis orbitas
30 maerentem lacerant, non secus tuis
damnis atque malis: illachrymantibus
haec spectas oculis parens.
- Non fusum aere tibi pectus aheneum:
insunt mollia praecordia, quin piget
35 te mox cernere si vel tacitus dolor
udis excubat in genis.
- Ingens fama, decus velificant cui
heroes, proprio sanguine civium
mensuri patriam regnaque tristia,
40 non tanti tamen est tibi,
- vitam non reputes civis ut unius
pluris. Dispereant queis hominum cruor
vilis, sarta sui qui capitis, nece, et
terrarum excidio parant!
- 45 lam cum sis animo qualis inest tibi,
nil humanius ut te sit. Ohe! Quibus
non te continuo laetitiis ea
incessisse putem die
- qua consanguineae pax Lusitaniae
50 affulsit? Sed enim gaudia quae simul
devexit trepidanti Oceano Tagus,
quove urbem eripuit metu?
- Non sic, si Libici se catuli novis
felix explicuit caprea dentibus,
55 rupes laeta salit, summaque montium
vix tactis quatit unguis;
- y también los gritos de las madres que arro-
jan terribles maldiciones a los soldados, y la
muchedumbre de dulces esposas que con los
largos cabellos desordenados aborrecen en
vano los crueles combates,
- a ti te desgarra la lamentable soledad en la
que queda el triste anciano no de otro modo
que tus propios males y desgracias: asistes a
ello y todo lo contemplas con ojos llenos de lá-
grimas.
- No se endureció tu pecho fundiéndolo en
bronce: tu corazón es delicado, y, es más, al
punto te dueles si ves que una pena silente
asoma en humedecidas mejillas.
- La inmensa fama, ornato en pos del cual
navegan a todo trapo los héroes, dispuestos a
sumergir la patria y el afligido reino en la misma
sangre de sus conciudadanos, no tiene sin em-
bargo para ti tanta importancia
- como para que la valores en más que la
vida de un solo ciudadano. ¡Malditos quienes
desprecian la sangre vertida por los hombres, y
quienes se hacen guirnalda para su cabeza
gracias a la muerte y a la ruina de las regiones!
- Mientras te mantengas fiel al espíritu que
anima en tu interior, nada habrá más benigno
que tú. ¡Ah! ¿Cómo no iba yo a pensar una y
otra vez que marchabas rodeado de dicha in-
comparable aquel día
- en el que la paz refulgió en la fraterna Lu-
sitania? Pero esa alegría al punto el Tajo se la
llevó hasta el rugiente océano, ¿o qué miedo
fue el que se apoderó de la ciudad?
- No tan dichosa trisca la cabra en los riscos
y golpea con sus pezuñas las cumbres de mon-
tes apenas hollados cuando ha tenido la suerte
de zafarse de los dientes recién salidos del ca-
chorro libio;

non sic armigeram si lovis alitem, et
 ungues implacidos fugit avium, nemus
 cantu implens, volucres ad modulamina
 60 centum vocibus evocat;

non sic hostia, quae iam prope sanguine
 manatura, sacris colla securibus
 subduxit, subito libera, currit, et
 ruptis funibus exilit;

65 ut iam nunc hilares laeta dies agit,
 impendente diu functa periculo,
 et casura tuae victima gloriae,
 Olyssippo mari potens.

70 Sic iam pax nivea nube super redux,
 felicitatis populos visit Iberiae,
 quam cornu sequitur divite copia,
 ac spargit bona Faustitas

et fruges, et opes munifica manu,
 quam cingunt comites et Themis et Fides,
 75 terra ut sitque mari ius cuius suum,
 nec leges sine moribus.

iam tutae volitant per pelagus rates,
 portus quaerere nec cogitur invios
 mercator, timidus cedere Nereo,
 80 aut praedonibus omnia.

Et pagos vacuos et vacua oppida
 iam Lucina novis prolibus anxia
 instaurare, parat criminis inscius
 castis connubiis thoros;

85 has res, haec hominum laetius otia,
 captarum spoliis aspicias urbium,
 nec fas esse putas, ut tibi laureae
 ‘humani generis bono’

ni el pájaro que escapa del ave armada de
 Júpiter y de sus implacables garras, llenando el
 bosque con su canto, incita tanto con sus voces
 a los demás pájaros a que entonen múltiples
 melodías;

ni corre tanto la res que estaba a punto de
 ser sacrificada y de verter su sangre cuando
 hurta su cuello al hacha sagrada y, libre de re-
 pente, salta deshaciéndose de las cuerdas;

cuanto Lisboa, la soberana del mar, celebra
 gozosa días felices tras haber estado tanto
 tiempo en peligro inminente mientras iba a
 caer víctima de tu gloria.

Así que por fin la paz regresa sobre blanca
 nube y visita a los pueblos de la Iberia di-
 chosa, y en pos de ella viene la Prosperidad,
 que con su rico cuerno de la abundancia es-
 parce bienes

y cosechas, y también riquezas con
 mano generosa, y la acompañan a ambos la-
 dos la Justicia y la Honradez, de modo que
 cada mar tenga su ley y no sufra normas in-
 morales.

Ya todos los barcos vuelan seguros por los
 piélagos, y el comerciante no se ve obligado a
 buscar puertos inaccesibles ni teme que haya
 de entregar todo lo suyo a Nereo o a los pira-
 tas.

Y Lucina, deseosa de renovar con nueva
 descendencia tanto las fincas vacías como las
 ciudades vacías, dispone lechos irreprochables
 para bodas puras;

más satisfecho contemplas todo esto, esta
 dedicación a la paz de los hombres, entre los
 despojos de las ciudades capturadas, y no crees
 que se te deban coronas de laurel en las
 que se diga ‘para bien del género humano’.

90 constant. Innumeris pax potior tibi est
semper visa triumphis, nec obesse vis
maior, si interea cedere temporis et
fortunae iubet impari.

95 Nam belli cecidit si secus alea,
rebus quas homini nosse datum optimis
pax semper melior, propitio love,
rerum damna resarciet.

100 Curas mitte graves, sollicitam tibi
mentem gratuito ne quatiant metu
venturi (cave) praesagia temporis:
cautis linque futura Dis.

In mentem revoca gaudia regiae
quae nostrae dederas, festaque, copia,
pompa, compositis rebus et ordine,
Graiiis aemula coetibus.

105 Tunc iam diximus ut rarum habitura sunt
exactumque duces castra: probat viros
disciplina, reique ordo domesticae,
summis imperiis pares.

110 His te dignius aut magnificentius
pulchris Varsaviae nil fuit otiis,
queis urbem, proceres, millia civium
traxisti. Sed enim deus

115 quis te Sarmaticis gentibus invidus,
ad metas properantem Herculis ultimas
nostris eripuit semper amoribus
quaerendum? Reliquum quid est

120 iam nobis, nisi te perpetuis palam
votis omnibusque precibus sequi?
Tranquillum, incolumem te patriae diu
servent ut superi tuae!

A ti siempre te pareció que la paz es mejor que todos los triunfos, y que no ha de haber fuerza mayor que la obstaculice, ni aunque lleve el caso de rendirse a las circunstancias o a la fortuna adversa.

Y es que incluso si la suerte se inclina del lado de la guerra, la paz siempre es lo más favorable para todo lo bueno que le ha sido dado conocer al hombre, y, si Júpiter acompaña, ella reparará los daños producidos.

Di adiós a tus graves preocupaciones, y cuida de que los presagios de los tiempos venideros no asalten tu mente inquieta con temores innecesarios: deja el futuro en manos de los dioses prudentes.

Rememora las alegrías que diste a nuestra corte y compárate ventajosamente con las fiestas de los griegos en tus celebraciones, en su aparato, en su compleja elaboración y en su buen orden.

Anunciamos ya entonces qué general tan excepcional y tan cabal iba a tener el ejército: la disciplina y el orden en la administración cotidiana, igual de importantes cuando se ejerce la máxima autoridad, revelan a los hombres auténticos.

Nada ha merecido más alabanza ni ha sido más generoso que tú en tu hermosa y fructífera dedicación a Varsovia, con la que te ganaste a la ciudad, a sus nobles y a miles de ciudadanos. Pero ¿qué divinidad,

airada contra los pueblos sármatas, te arrancó de aquí para llevarte hasta las remotas columnas de Hércules, a ti, a quien siempre nuestro afecto buscaba? ¿Qué nos

queda ya, sino declarar públicamente nuestra fidelidad mediante votos continuos y en todas nuestras plegarias? ¡Ojalá los dioses te conserven durante mucho tiempo sereno y salvo para tu patria!

Dum foecunda mari Vistula Balthico
messes Sarmatiae devehet annuas,
servabit memori Sarmata pectore
quas Aranda potens opes

Mientras el feraz Vístula en su camino al
mar Báltico provea de mieses anuales a Sar-
macia, el sármata guardará recuerdo en su pe-
cho de los bienes que el poderoso Aranda

125 (totus deliciis dum populi vacat)
hic fudit: veterum sacra, Quiritibus
ne sint invidiae, munera Caesarum
Saturnalibus edita.

(que se entregaba por completo al afecto
del pueblo cuando tenía ocasión) aquí de-
rramó, cumpliendo ritos antiguos por los que
nuestros Quirites no habrán de envidiar los re-
galos que los césares hacían en las Saturnales.

vv. 1-2. El primer verso de Konarski es un claro eco del primer verso de la primera oda de Horacio (*“Maecenas atavis, edite regibus”*): ambos comienzan con el nombre del dedicatario del poema y el resto de palabras coincide casi por completo, salvo por que de Aranda, no como de Mecenas, que sí que parecía descender lejanamente de la realeza etrusca, no se podía decir que fuese de estirpe real; por eso el ‘regibus’ de Horacio se sustituye por un *“ditibus”* (‘ricos, opulentos’). El editor (o Konarski) justifica la elección del adjetivo, que no es de los más típicos para una loa, en nota al pie, en la que dice (p. 55 n. 1) *“Familia Aranda haereditario gaudet titulo, homme riche d’Arragon”*. Este esfuerzo por la proximidad verbal con el modelo le acarrea a Konarski cierta inelegancia métrica, pues ‘comete’ una sinalefa [*“Dux Arand(a) atavis”*] en la cuarta sílaba que suele evitarse en estos versos. Los ecos continúan en el verso siguiente: los dos textos llaman *decus* (‘honra, honor’) a su destinatario, acompañando el sustantivo por un posesivo, y los dos le aplican el epíteto *dulcis*.

vv. 3-4. La pregunta de en qué se ocupa el destinatario es tópico habitual en las partes dedicatorias de la poesía antigua, que se recrea una y otra vez en la literatura europea; *cf.* sin ir más lejos el principio de la *Bucólica* VIII de Virgilio y su imitación por Garcilaso en la *Égloga* I.

vv. 26-28. Las “madres que aborrecen” la guerra aparecen casi literalmente también en la primera oda de Horacio (I 1, 24-25: *“bella ... matribus detestata”*).

v. 33. El bronce es la referencia proverbial de dureza en el mundo antiguo.

vv. 50-52. Esas eran las pretensiones de Aranda, vencer y luego mostrarse clemente con el vencido, pero no hubo lugar, pues no pasó de Almeida.

v. 50. Este es uno de los versos con ecos más directos de Horacio; *affulsit* es también la primera palabra de IV 5, 7 y Konarski termina el verso con *gaudia quae simul* frente al *gaudia cum tua* final de IV 12, 21 (otra de las odas en asclepiadeos de Horacio).

vv. 53-68. Larguísimo símil homérico (tres estrofas para el primer término de la comparación y una entera para el segundo). Es objeto de nota aclaratoria en

la edición de 1767, acaso más para llamar la atención sobre el alarde de ‘gala’ literaria que por su dificultad de comprensión.

v. 57. El ‘ave armada de Júpiter’ (*armigera Iovis ales*) es, por supuesto, el águila, símbolo del rey del Olimpo en la que el mismo dios se transformaba en ocasiones.

vv. 72-74. *Faustitas* y *Fides* aparecen también unidas en IV 5, 18-20; Horacio recurre a la personificación de entidades morales abstractas varias veces en las “Odas romanas” (III 1, 37 y 40; III 2, 17, 21 y 32). El renacer del cultivo de los campos tras una paz felizmente recobrada también se formula en estas “Odas romanas” (*Carm.* III 5, 21-22).

vv. 75-76. El verdadero objetivo de la guerra, declarada primero contra Inglaterra, fue obligar al rey de Portugal a romper la tradicional alianza luso-británica por la que los barcos ingleses –a veces, piratas– se refugiaban en los puertos portugueses.

v. 76. La idea de “*leges sine moribus*” aparece en *Carm.* IV 5, 22 (“*mos et lex ... edomuit*”); la imagen de que los romanos proporcionan leyes justas a los pueblos vencidos aparece en *Carm.* III 3, 40 ss.

v. 77. *volitant*, que aquí Konarski aplica a las naves, lo aplica Horacio a los marineros en *Carm.* IV 5, 19; la forma verbal aparece además en la misma posición del verso asclepiadeo (ocupando las sílabas cuarta a sexta) en ambas composiciones.

v. 79. Nereo, divinidad que habitualmente personifica el mar, es aquí directamente sinónimo de ‘mar’.

vv. 81-84. La descripción de la legalidad restaurada y de los nacimientos de hijos legítimos que vuelven a ser posibles en la nueva paz son también descritos por Horacio en *Carm.* IV 5 21-24 (“*nullis polluitur casta domus stupris, / mos et lex maculosum edomuit nefas, / laudantur simili prole puerperae, / culpam poena premit comes*”); la idea aparece también en *Carm.* III 6, 18 ss.

v. 82. Lucina es la divinidad romana de los alumbramientos.

vv. 97-100. La prohibición de preguntar por el futuro es de innegable sabor horaciano (cf. *Carm.* I 11 1-3: “*Tu ne quaesieris, scire nefas, ...*” etc.); aunque aquí no se llega a incitar a *carpere diem* y desde luego se confía en una providencia divina formulada, eso sí, ‘a la antigua’ (“*cauti Dei*”).

vv. 102-104. Es decir, que las celebraciones y el comportamiento de Aranda en Varsovia superaban en fasto y armonía a las de los griegos antiguos.

vv. 112-113. La pregunta por la divinidad desconocida que se ensaña con los mortales es también lugar común de la poesía clásica que aparece, por ejemplo, al principio de la *Eneida* (*Aen.* I 8 “... *quo numine laeso*”).

v. 113 (y vv. 122-123). “Sarmacia” y su gentilicio “sármata” aluden en latín clásico a la Europa del extremo oriental sin mucha mayor precisión; aquí se toma

en sentido más restringido por ‘Polonia’ y ‘polaco’. Aranda empleó mucho el término a lo largo de toda su vida, sobre todo cuando quería enfatizar lo extranjero.

v. 114. Las columnas de Hércules aluden al extremo occidental del mundo antiguo, referencia que cuadra con la Lisboa a la que tuvo marchar Aranda desde Varsovia.

v. 118. Este verso es casi idéntico (salvo por la última palabra) a *Carm.* IV 5, 13 (“*votis omnibusque precibus vocat*”).

v. 119. *incolumis* lo aplica Horacio como epíteto a Augusto en *Carm.* IV 5, 27.

v. 121. Es habitual en la poesía antigua en general y en Horacio en particular acudir a los nombres de los ríos para aludir a amplias áreas geográficas.

vv. 121-122. El giro “mientras...” (*dum...*) como expresión de un tiempo indefinido y casi eterno es frecuente, pero no deja de recordar en este contexto a la última oda del libro III de Horacio (*Carm.* III 30, 8-9: “... *dum Capitolium / scandet cum tacita virgine pontifex*”).

v. 126. “Quirites” hace referencia a ‘nobles’ en general en el mundo romano (Horacio utiliza varias veces el término como sinónimo positivamente connotado de ‘romanos’: v. gr. en I 1, 7; II 7, 3; III 3, 56; IV 14, 1); aquí el autor se refiere a la nobleza polaca, que es tan agasajada por Aranda como los romanos a los que los emperadores hacían regalos.

v. 128. Las Saturnales eran unas fiestas celebradas en la Roma antigua la penúltima semana de diciembre, que incluían entre otras costumbres el intercambio de regalos.

El Conde de Aranda y Konarski

El X conde de Aranda, don Pedro Pablo Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea, fue uno de los más importantes y a la vez discutidos políticos españoles del siglo XVIII. Para unos, un soldado lleno de virtudes, diplomático y político, un reformador ilustrado que da el tono a la época de Carlos III; para otros, un *liberal avant la lettre*, miembro fundador – y hasta Gran Oriente– de la masonería, enemigo de la Iglesia y perseguidor de los jesuitas. Las luchas ideológicas decimonónicas convirtieron a Aranda en un punto de referencia de los debates políticos sobre la historia y el futuro de España, lo que todavía perdura²².

De las tres embajadas que sirvió el conde de Aranda, la segunda fue ante el rey de Polonia, Federico Augusto II, suegro de Carlos III, el único detalle, el carácter re-

22. TARACHA, C., “Pedro de Aranda: un aristócrata aragonés al servicio del Estado”, *Cartas desde Varsovia...* Una total desmitificación de los muchos errores atribuidos al conde de Aranda por tirios y troyanos en OLAECHEA, R. y FERRER BENIMELI, J. A., *El conde de Aranda, Mito y realidad de un político aragonés*, Zaragoza, segunda edición corregida y aumentada, 1998.

gio, que elevaba el rango de la embajada en Varsovia, muy por debajo de las cualidades del soberbio conde, como él mismo dijo en varias ocasiones con su conocida “patriótica franqueza”. Sin embargo, Aranda se sintió bien en Polonia, frecuentando a los grandes magnates y aristócratas, más poderosos y ricos que el mismo rey de Polonia, una monarquía electiva con un dominio aplastante de la alta nobleza, es decir, de *sus iguales*. Le gustó Polonia, desde luego, las mujeres polacas, e incluso se acostumbró al riguroso clima de la Europa Central: “Venga la suerte como venga, estaré contento; si me quedo aquí, me lo pasará bien, porque el clima me ha probado muy bien. [...] Yo a buena cuenta he recobrado mi salud aquí”²³.

Pronto se dio a conocer como el *spiritus movens* de la vida social de la capital polaca. Cuando se acabó el luto obligatorio por la muerte de María Amalia de Sajonia (27 de septiembre de 1760), el palacio donde residía Aranda, en el centro de Varsovia, se convirtió en un famoso reclamo de fiestas, bailes y diversiones. Pronto pasó a ser conocido, según el testimonio del mismo conde, como la “Casa de Baco”²⁴. Allí se sirvieron los mejores platos preparados por cocineros traídos de París y los mejores vinos de toda Europa. Sabiendo que a los polacos les gusta el buen beber y comer, empleó todos los medios que pudo para darles gusto. Sus fiestas se convirtieron en las más famosas y concurridas de Varsovia. Durante el carnaval de 1761 organizó bailes de mascarar para más de mil de personas²⁵. Entre los invitados se veían miembros de la familia real, ministros y oficiales de la corte, primeros aristócratas polacos (los Czartoryski, Potocki, Poniatowski), diplomáticos de potencias extranjeras acreditados en Varsovia, personajes del mundo de la ciencia y la cultura.

Pero, entre los invitados del conde ¿estuvo el padre Stanislaw Konarski? ¿Tuvo la oportunidad el probo escolapio de conocer y hablar con el mundano conde de Aranda? La documentación que tenemos hasta ahora no permite dar una respuesta definitiva. Sabemos que Konarski era en aquel momento un famoso reformador y escritor político que frecuentaba círculos y salones aristocráticos y conocía a las personas más importantes del país. Recordemos que en 1760 había salido el primer volumen de su gran obra titulada “*O skutecznym rad sposobie*”, en la cual, el sabio escolapio criticaba los defectos del sistema político polaco y proponía medidas para su reforma, muy a la moda europea y, por ello, con fuerte influencia del jesuitismo. Sabemos también que mantenía estrechas relaciones con destacados diplomáticos, sobre todo con los de la legación francesa, Broglie y Durand²⁶. Así pues, es más que posible que conociera personalmente al embajador español, porque Aranda frecuentaba los mismos círculos y conocía a las mismas personas, incluso al mismísimo Stanislaw August Poniatowski,

23. Aranda a Wall, Varsovia, 6 III 1762, en *Cartas desde Varsovia...*, p. 187.

24. Aranda a Wall, Varsovia, 24 XII 1760, en: *Cartas desde Varsovia*, p. 80.

25. “*Kurier Warszawski*”, nr 14, 17 II 1762.

26. NOWAK-DŁUŻEWSKI, J., *Stanislaw Konarski*, Warszawa 1989, p. 76.

el futuro rey de Polonia, que como veremos tendrá una influencia decisiva en la Oda a Aranda de Konarski.

Llegados a este punto, la cuestión relevante es por qué precisamente el diplomático español fue el destinatario de la Oda escrita por Konarski, pero antes aclararemos otra circunstancia importante, como es el tiempo de la redacción de la obra. Recordemos que la primera edición de la colección "Opera Lyrica", en la que se encontraba la oda "Ad comitem Aranda" apareció en 1767, pero la Oda, por lo menos su primera redacción, nació mucho más temprano. En la dedicatoria de la Oda podemos leer que fue "post pactas condiciones Pacis decantata", es decir antes de la paz definitiva, durante los preliminares firmados por Francia, España, Gran Bretaña y Portugal el día 3 de diciembre de 1762. Dichos preliminares pusieron fin a la guerra entre España y Portugal durante la cual el conde de Aranda había sido jefe de los ejércitos españoles. Así pues, ya tenemos el *terminus post quem*, pero también el *terminus ante quem*, pues en el Archivo General de Actas Viejas de Varsovia (Colección de los Popiel) se conserva una carta escrita por Aranda a Stanislaw August Poniatowski, fechada en Madrid a 21 de marzo de 1763²⁷, en la que el conde dice lo siguiente: «Le révérend pere Konarski vent de m'envoyer une ode de sa composition, que vous l'avez chargé de m'adresser au nom de votre illustre capitale Warsowie».

Por tanto, teniendo en cuenta que, a mediados del siglo XVIII, la correspondencia enviada desde Madrid a Varsovia tardaba más o menos tres semanas²⁸, se puede suponer que la oda "Ad comitem Aranda" fue escrita a principios del año 1763, cuando en toda Europa se sabía que la guerra había terminado.

Pero, ¿por qué la oda número XI la dedica Konarski al conde de Aranda? Las razones son obvias: la oda es un homenaje al jefe de las tropas españolas que operaban en Portugal durante una guerra de la que se hablaba en toda Europa y que, por supuesto, interesaba mucho en Varsovia, donde este militar y diplomático había mostrado como embajador su grandeza y hospitalidad. Sin embargo, hay otra explicación. Volviendo a la carta de Aranda de marzo de 1763, observamos que había sido el mismísimo Poniatowski el que encargó al padre Konarski dedicar la oda al conde. Comprobamos, además, que en la misma colección, "Opera Lyrica", se incluye una oda dedicada al diplomático francés Durand, compuesta en 1764 con motivo de la elección del nuevo rey de Polonia, que no es otro que Poniatowski. Así pues, las únicas odas dedicadas por Konarski a extranjeros son obras ofrecidas a los representantes del Rey Católico y del Rey Cristianísimo, los dos de la Casa de Borbón. Teniendo en cuenta esa circunstancia se puede sospechar que detrás de la virtuosa poesía horaciana había mucho de política *versallesca* y, además, partidista.

27. AGAD, Zbiór Popielów, 173, Aranda a Poniatowski, Madrid, 21 III 1763.

28. TARACHA, C., *Kilka uwag na temat obiegu informacji dyplomatycznej w XVIII wieku*, en: *Komunikacja i komunikowanie w dawnej Polsce*, dir. K. Stpnik, M. Rajewski, Lublin 2008, p. 115-121.

Y es que, a partir de 1763, Konarski se identificaba con las ideas del partido llamado “Familia” que proponía un programa de reformas basándose en el apoyo de Catalina II, zarina de Rusia, mientras Poniatowski, ex amante de la emperatriz, era el candidato de la *Familia* al trono de Polonia.

Como la monarquías borbónicas (Francia y España) apoyaban las pretensiones de la dinastía y la candidatura de los hijos de Augusto III de Sajonia, es muy posible que Konarski fuera instado por el mismo Poniatowski para que dedicara las odas a los altos representantes de Carlos III y Luis XV. En definitiva, el partido de la *Familia* estaba buscando por todos los medios la posibilidad de obtener el apoyo de las cortes borbónicas, incluyendo la poesía.

Así pues, el conde de Aranda pudo ser –una vez más– un instrumento en beneficio de otros, por más que pudiera jactarse de haber personificado al héroe de una oda horaciana que le hacía entrar victorioso en Lisboa, una oda escrita en latín por un escolapio polaco y bendecida por el propio rey de aquella Polonia que tan bien conoció y a la que auguró un futuro muy poco halagüeño²⁹. Como en tantas de sus predicciones, en ésta también acertó, pues Polonia comenzaría un proceso de descomposición ante los poderosos enemigos que el conde definió con claridad antes de abandonar su embajada varsovesa.

Para comprender al conde de Aranda que conoció Konarski

La embajada de Varsovia, que desempeñó desde septiembre de 1760 a mayo de 1762, aún siendo corta, permitió que el conde de Aranda se diera a conocer, allá y aquí –por sus cartas y por sus *besamanos* ante reyes, príncipes y ministros en sus viajes de ida y de vuelta–, tal cual empezaban ya a ser las señas de identidad que le acompañarían de por vida. Llamado con urgencia por su ministro Ricardo Wall en mayo de 1762, una vez comenzadas las hostilidades con Inglaterra y su tradicional aliado Portugal, Aranda corrió a postrarse ante Carlos III –antes lo hizo ante Luis XV al pasar por París– y marchó a la frontera portuguesa. Concluida sin ninguna gloria la guerra entre vecinos, Aranda tuvo un nuevo destino al servicio del rey: juzgar él, un perdedor, a los que habían *entregado* La Habana a los ingleses en agosto de 1762, tras resistir continuados ataques de la formidable escuadra inglesa mandada por el conde de Abermale³⁰.

29. “Yo logro estar bien con todos, veo, oigo y callo; y concibo que el desarreglo de unos y otros ha de ser la aniquilación de esta potencia, que hasta de aquí se había conservado, porque su mismo desorden convenía a los fronterizos; y de aquí adelante cada una agarrará lo que pueda”. Aranda a Wall, 3 de marzo de 1761, *Cartas desde Varsovia*...

30. PARCERO TORRE, M. C. *La pérdida de La Habana y las reformas borbónicas en Cuba, 1760-1773*, Ávila, 1998. GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., “Víctimas ilustradas del Despotismo. El conde de Superunda, culpable y reo, ante el conde de Aranda”, Actas del Congreso internacional del IULCE, *La corte de los Borbones. La crisis del modelo cortesano*, Universidad Autónoma de Madrid, en prensa.

Así pues, el embajador devenido en comandante en jefe era ahora, cuando recibía la Oda del escolapio Konarski, el presidente de un tribunal militar. Pero a la vez, los asuntos domésticos le obligaron a enfrentarse a un problema de escasa importancia en apariencia, salvo porque podía dejar en entredicho la ilustración del conde, que quizás no había sido todavía *contagiado* en los salones parisinos. Es el caso de su negativa, en agosto de 1763, a erigir una escuela de primeras letras en su villa de Épila, en condescendencia a la petición que le hizo el concejo y justicia de la que podría considerarse *capital* de sus estados y donde tenía su mejor palacio.³¹ Sus vasallos de Épila le pedían que “cuatro religiosos de la Escuela Pía, sin gravamen del público, ni de sus vecinos puedan establecerse para enseñar la Doctrina Cristiana y primeras letras, para que así instruidos los niños puedan ser útiles a Dios, al rey y a la Patria”. Consideraban los de Épila que “la educación y buena crianza de la juventud es la felicidad de una República”, pero eran tal su falta en la villa ducal que veían “con dolor de nuestro corazón” los desgraciados efectos. Firmaron la carta cuatro regidores, de los que uno, apenas supo hacer las letras de su nombre³².

Seguramente, estos vasallos tan interesados por la educación, no podían imaginar que un conde viajado y tenido ya por culto respondiera negándose a su *ilustrada* pretensión, pero así lo hizo Aranda, que –como era ya su costumbre– terminaba rotundamente: “con toda claridad expongo mi modo de pensar; y no podré menos de oponerme ante Su Majestad o su Consejo (de Castilla) siempre que entendiésemos la prosecución de la idea que me habéis comunicado”. Antes les había explicado ampliamente su “modo de pensar”, que era el siguiente: “Respondo a lo que me exponéis sobre la Fundación e introducción de padres de la Escuela Pía en esa villa, que aunque yo los aprecio como dignamente merecen, no los hallo necesarios en Épila porque lo numeroso de beneficiados de su parroquia y los tres conventos de religiosos y monjas son más que suficientes para el Divino culto, enseñanza de doctrina cristiana y frecuente palabra de Dios en el púlpito”. Para el fin de la enseñanza religiosa, era evidente que la villa andaba sobrada; pero sobre las primeras letras, Aranda razonaba así: “Para las primeras letras, cuando quisieréis mejorarlas pende de vosotros mismos y con menos gravamen, poniendo en su actual escuela un preceptor más sobresaliente. Para Gramática y Filosofía tenéis una célebre fundación de mi Casa en el convento de

31. También tenía una gran casa palacio en la calle del Coso de Zaragoza, que fue destruida por fuego de artillería durante los Sitios. Sobre este palacio, GÓMEZ URDÁÑEZ, Carmen, “Testimonios de arquitectura civil del siglo XVI desaparecida”, en prensa en *Emblemata*. Sobre el de Épila, MARTÍNEZ MOLINA, J., El conjunto palaciego de los condes de Aranda en la villa de Épila, Zaragoza, 2010.

32. Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ), Archivo Ducal de Híjar. Memorial de los vecinos de Épila, 25 de julio de 1763, III,12,34. Agradezco a la directora del archivo, María Teresa Iranzo Muñío, las referencias documentales que me ha proporcionado.

Agustinos Calzados, adonde pueden aplicarse los hijos estudiosos, sin necesidad de otra Fundación”³³.

No sabemos si, a estas alturas de su vida, Aranda estaba también en contra de los frailes que enseñaban gratis “pues quitaban labradores”, como dirá luego su amigo Pablo de Olavide³⁴, aunque eran ya frecuentes sus expresiones anti-frailunas (y se prodigó en ellas luego). Paradójicamente, sí sabemos que en su entorno familiar se respiraba afecto por la orden ignaciana, empezando por la madre, cuyo director espiritual y confesor era el padre jesuita Isidro López –íntimo de Ensenada y amigo también de Aranda–, y siguiendo por un hermano que la piadosa madre había tenido fuera del matrimonio, también jesuita, y por primos y demás familia, incluso un santo, el también jesuita san José Pignatelli. Aranda, en fin, que fue alumno de los jesuitas en Parma, bautizó a su hija con el nombre de Ignacia y a su nieto con el de Luis Gonzaga³⁵. ¡Quién le iba a decir a Kornarski que el hombre a quien había elogiado desmedidamente negaría una escuela en su villa a sus hermanos escolapios españoles y, cuatro años después, sería el ejecutor de las órdenes de Carlos III contra la Compañía de Jesús!³⁶.

Un grande de España entre plebeyos

Como suele ocurrirles a los hombres altivos, Aranda ni siquiera reparaba en que su exceso de sinceridad, del que blasonaba a cada minuto, podía ser utilizado por sus enemigos políticos contra él –o contra sus amigos– y contribuir a mermar su reputación, o a que se conocieran sus puntos débiles, aquellos por los que tantos ataques sufriría a lo largo de su vida. Era éste, como comprendió R. Olaechea, “su tendón de Aquiles, y por este flanco le enredarían quienes movían los hilos de su ambición”³⁷.

Cuando, años después, sus maneras bruscas y su carácter hosco sean ya *universalmente* conocidos, reflexionaba sobre sí mismo: “Dirás que yo tengo un ca-

33. Ibid, respuesta de Aranda al ayuntamiento de Épila, 6 de agosto de 1763.

34. Sobre el ambiente anticlerical –mejor antifrailero de los más radicales ilustrados del gobierno de Carlos III–, véase GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., “El católico Pablo de Olavide, víctima del absolutismo regio”, *Homenaje al profesor D. Antonio Domínguez Ortiz*, Granada, Universidad de Granada, 2008, pp. 445-473.

35. OLAECHEA, R. y FERRER BENIMELI, J. A., *El conde de Aranda, Mito...*, p. 208 y ss. FERRER BENIMELI, J. A., *José Pignatelli (1737-1811), la cara humana de un santo*. Bilbao, 2011.

36. Sobre el papel de Aranda en este trascendental asunto ha habido en los últimos años aportaciones que han cambiado los viejos tópicos que arrancan desde Menéndez Pelayo. De absoluto interés, la obra del maestro Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ, a quien tributamos aquí el merecido homenaje sumándonos al que sus discípulos le han ofrecido en la Universidad de Alicante. Puede verse su web sobre los jesuitas, digitalizada en la Biblioteca Cervantes. También es importante la compilación de trabajos con motivo de los actos del Centenario de Aranda, FERRER BENIMELI, J. A., *El conde de Aranda y su tiempo*, Zaragoza, 2 vols., 2000.

37. OLAECHEA, R., “Información...”, p. 84.

rácter detestable, que desprecio lo que otros hacen, que no creo exista mejor parecer que el mío, que soy imperioso, insoportable, pero no me puedes negar que he servido siempre al rey sin vacilación, sin ambición de ganancias, y completamente desinteresado, si se trataba de la utilidad de su Majestad; que yo podía atestiguar que nunca he fomentado intrigas y siempre he hablado según mis íntimos sentimientos, llamando abiertamente a lo bueno, bueno, y a lo malo, malo”³⁸. Era el estilo del conde: su “patriótica sinceridad” obligaba a que todos –por supuesto, de inferior rango que él, dos veces grande de España– aceptaran como verdad rotunda incluso lo que no era cierto: pues no lo era, por ejemplo, que no fomentara intrigas. Lo hizo toda la vida ...y contra todos, pues nunca supo callar nada y rara vez dejó de decir lo que pensaba dando puñetazos en la mesa y a voces. El padre Rávago, que le conoció cuando desempeñó su primer servicio *personal* al rey como embajador en Lisboa, le describió en pocas palabras: “Aranda está hoy muy estimado en esta Corte, y con mucha razón, pero su viveza y tesón no sirven para tiempos delicados”³⁹.

Delicadeza, ni tuvo, ni tendrá el conde⁴⁰. Su paso por la embajada de Lisboa ya dejó algunas pruebas de su altanería, como su ruidosa dimisión de director de Artillería. En carta al viejo ministro Sebastián de Eslava, de 24 de enero de 1758, exasperado e imprudente, el conde pedía también la baja en el ejército y se retiraba a sus tierras de Épila, aunque siempre atento a lo que ocurría en Villaviciosa de Odón, donde formaba con el bando ganador, el de los napolitanos dirigido por el príncipe Yacci, embajador del rey de Nápoles en Madrid y en constante relación con la reina viuda, ahora gobernadora hasta la llegada de su hijo Carlos a Madrid. En el lado perdedor estaban, obviamente, Ricardo Wall y el duque de Alba, a quienes Isabel Farnesio aborrecía⁴¹.

38. Citado en FERRER BENIMELI, J. A., “El conde de Aranda, ese gran desconocido”, *Argensola*, 71-78, digitalizado en Dialnet, conferencia pronunciada en 1975, p. 34-35.

39. *Ibid.*, p. 37.

40. Enemigo de etiquetas –en la Europa de las etiquetas–, Aranda montaba broncas allá donde iba. Las tuvo con el embajador francés en Lisboa por asuntos de prioridad; luego le acusaron de asesinar al marqués de Pombal, a quien despreciaba por plebeyo. En Viena, de viaje a Varsovia, la montó con el primo del ministro Choiseul, embajador de Francia, así que llegó a Varsovia, donde también hizo de las suyas, precedido de su fama. Eso sí, luego, lo que le preocupaba era lo que diría Su Majestad Carlos III. Por ejemplo, tras conocer que en España se decía que había matado al embajador de Francia, escribía a Wall: “Doy por sentado que si el rey, nuestro señor, ha oído mi vejación, habrá tenido compasión de mí, despreciándola y aun desvaneciéndola”, Aranda a Wall, 16 de mayo de 1761, *Cartas desde Varsovia...*, p. 123. Véase ALBIAC BLANCO, M. D., *El Conde de Aranda. Los laberintos del poder*, Zaragoza, 1998.

41. PÉREZ SAMPER, M. A., *Isabel de Farnesio*, Barcelona, 2003; GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L. y TÉLLEZ ALARCIA, D., “El año sin rey y con rey: la naturaleza del poder al descubierto”, en GARCÍA FERNÁNDEZ, E. (coord.), *El poder en Europa y América: mitos, tópicos y realidades*, Bilbao, UPV, 2001, 95-110; GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., *Fernando VI*, col. Los Borbones, Madrid, 2002.

Los efectos de la “feliz revolución” que esperaba el padre Isla del reinado de Carlos III le llegaron pronto a Aranda, que había presentado sus respetos al nuevo rey en Zaragoza, cuando la familia real hubo de detenerse allí tras haber desembarcado en Barcelona. En marzo de 1760, el rey le incorporaba de nuevo al ejército, con el cargo de teniente general, y poco después, el 12 de mayo, le nombraba embajador en Polonia. No sabemos las razones de este regio nombramiento⁴², que alejaba al conde por primera vez de su idolatrado rey, pero se ha de tener presente desde ahora cómo acabaron siendo las relaciones entre ambos en el poco tiempo en que Aranda estuvo cerca del rey⁴³. El astuto Carlos III comprendió el ascendente que su persona sagrada podía llegar a tener ante el conde y lo aprovechó siempre para humillarle; conoció su inteligencia, pero se libró de sus raptos de franqueza e ira –no así su hijo Carlos IV– manteniéndole lejos, pues sabía que esto le colocaba en una posición de inferioridad, desde la que el conde podía llegar a mostrarse servil (incluso pueril, como en su negativa a pertenecer a la Orden de Carlos III). Véase esta carta reproducida por R. Olaechea, de septiembre de 1764: “Este monarca no ve sino a disgusto la presencia del Sr. Aranda en la Corte, y jamás le dirige la palabra. Todo el mundo le vuelve la espalda, y a él mismo no se le ve más que en casa de Grimaldi, que lo recibe siempre de la misma buena forma, le consuela y conversa familiarmente con él”⁴⁴.

Lo que el rey pensara de él le llegaba a atormentar, y esto lo sabían los que él tenía por amigos, especialmente Roda y Grimaldi, gentes sinuosas, dotadas del arte del disimulo, que sabían jugar desde su posición, de plebeyos sí, pero siempre en la cercanía del rey⁴⁵. Por eso, el conde exhibía como grandes momentos aquellos en que había podido hablar de tú a tú a su venerado rey. Es conocida la anécdota que contaba él mismo –la transmitió el escritor aragonés Mor de

42. A Aranda le pareció “de las peores Embajadas que el rey tenía que dar”, aunque después, escribió que “aún es peor la de Rusia”. Aranda a Wall, 22 de abril de 1761, en *Cartas desde Varsovia...*, p. 119.

43. Téngase en cuenta que durante el periodo más largo, el de presidente del Consejo de Castilla, de 1766 a 1773, Aranda permanecía por lo general en Madrid mientras el rey se trasladaba de palacio en palacio entregado a su vicio venatorio.

44. OLAECHEA, R., “Contribución al estudio...”, p. 18. En 1775-76, Grimaldi acabaría harto de Aranda y más que harto tras la campaña de pasquines, que salían “de la misma fragua”, en expresión del secretario de estado, y que hubo de sufrir antes de ser cesado y salir de España. Como veremos en documentos inéditos que publicaré en breve, el suave abate Grimaldi se vengó de la “criatura” de Aranda, Pablo de Olavide. Como Aranda había hundido en 1763 al conde de Superunda, amigo de Ensenada, Grimaldi, amigo también de Ensenada –a quien fue a ver a Medina del Campo para despedirse antes de partir para Roma-, se vengó en Olavide, tan volteriano y escandaloso como su “jefe” Aranda, pero ...plebeyo y fácil de hundir, pues –lo que no sabíamos todavía- fue acusado de vivir amancebado y por eso, el caso pudo pasar a jurisdicción inquisitorial.

45. Lo demostraron durante los motines, cuando desde Madrid, Aranda pedía permiso para ir a ver al rey a Aranjuez, donde estaban reunidos los ministros más influyentes, y le ponían disculpas para retrasar su visita. Véase GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., “Víctimas ilustradas del Despotismo. El conde de Superunda...”

Fuentes, que dijo habérsela oído— sobre su terquedad en un lance verbal ante el mismísimo Carlos III, que le habría espetado: “conde, eres más terco y testarudo que una mula aragonesa”, a lo que Aranda replicó que conocía a alguien más terco que todos los aragoneses juntos; cuando el rey le pregunto quién era, el conde contestó: “la Sacra y Real persona de Su Majestad Católica, el Rey Nuestro Señor don Carlos III”⁴⁶.

El rey asintió, o mejor, lo dejó por imposible, pero después de su hazaña bélica en Portugal —adelantemos ya, en la frontera con Portugal, pues no pasó de Almeida—, el rey no le volvió a llamar a las muchas guerras que tuvo en su reinado; o mejor, no lo llamaron los ministros, Grimaldi y Floridablanca, a los que Aranda responsabilizó tozudamente de las derrotas desde su lejanía parisina, atizando todos los fuegos contra ellos, con los que, naturalmente, acabó rompiendo relaciones. Paradójicamente, cuando en 1793, ya viejo pero mandando en Madrid, se vio ante la posibilidad de sumarse al belicismo de la nación, del rey y de los ministros contra la Francia regicida, sorprendió a todos mostrándose pacifista, antimilitar y neutral, lo que acabó en una monumental bronca con Godoy y con Carlos IV que le costó, al fin, el castigo regio, el último destierro.

Con razón el jesuita padre Luengo, que juzgó bien a este conde soberbio y altanero como “hombre que ha servido la voluntad e intereses de otros, que lo han manejado” en aquellos hechos más relevantes de su vida, decía, como conclusión: “Infeliz conde de Aranda! Toda su vida la ha pasado agitado por la ambición de mandar y nunca ha podido lograrlo sino por poco tiempo, y a costa de hacerse esclavo de unos hombres de una esfera muy inferior a la suya”⁴⁷. En efecto, fue el noble por excelencia en un mundo de plebeyos.

Aranda, general en jefe

Para un vocacional de la milicia como Aranda, mandar un ejército invasor contra el sempiterno enemigo y vecino Portugal era de nuevo, como seguramente fanfarroneó cuando supo en Varsovia que el rey le llamaba por fin a las armas, la *ocasión que vieron los siglos*. Sus cartas a Wall reflejan al militar inquieto que teme la ruptura —como todos los ministros españoles desde el comienzo de la guerra de los Siete Años en 1755— pero que, tras enterarse —por su cuenta— de la firma del Tercer Pacto de familia, el 15 de agosto de 1761, sólo puede pensar en la consecuencia inevitable: la guerra contra Inglaterra y su aliado Portugal. Como era de esperar, inmediatamente transmitió su disposición a Wall, secretario de Estado y también de Guerra desde la muerte de Eslava en 1759, ratificando sus ofrecimientos anteriores, en los que ya presumía que la guerra sería contra Portugal,

46. OLAECHEA, R., “Información...”, p. 36.

47. LUENGO, M., *Diario de la expulsión...*, citado por OLAECHEA, R., “Información ...”, p. 84. Texto completo en Dialnet.

pues los “fidalgos” se decantarían por la alianza con los ingleses. En marzo de 1761, decía: “en cuanto a guerra terrestre, yo no la considero que nos convenga, ni se nos ofrezca, sino por Portugal; y en ese caso aún para guía del ejército por los contornos de Lisboa, volvería yo de cualquiera rincón por el aire”. Y confiado, pensaba que los portugueses le recibirían “a brazos abiertos, aún el más obstinado por herencia y oposición a los castelhanos rabudos”. Luego, recordando sus tiempos de embajador en Lisboa, bromeaba: “*De Castela, ni bon vento ni bon casamento* decían antes; pero ahora habían de juzgar que era su redención”⁴⁸.

La carta de Wall del 22 de marzo informándole de que al día siguiente partiría el marqués de Sarria al mando de las tropas debió desvanecer sus esperanzas. Aún así, fiel a su fama, en la respuesta y en varias cartas más, Aranda siguió transmitiendo a Wall sus ideas sobre la estrategia a seguir, a veces prodigándose en numerosos folios. En tantas ocasiones clarividente, lo fue también en el asunto que le provocará algunos disgustos un par de años después: sin sospechar cual sería su papel al llegar la paz, sí vislumbró por donde iría la negociación: “Apretemos los puños en Portugal –escribió–, para tener qué compensar si llevásemos algún mal suceso en América”. Así será, en efecto, cuando en las negociaciones que condujeron a la paz de París, el “mal suceso de América” –la pérdida de La Habana– sirva de contrapeso a la situación continental⁴⁹.

Pero al fin, Wall se decidió a llamar al general Aranda y el 18 de mayo salía de Varsovia. Su misión era comandar el ejército que ya había pasado la frontera portuguesa a las órdenes del viejo marqués de Sarria y de los igualmente inexpertos generales Ceballos, Cagigal, marqués de Croix y los condes de Ricla y Maceda, así como del que será luego famoso por el desastre de Argel, el general Alejandro O’Reilly. A los 50.000 soldados españoles movilizados se unirían 8.000 soldados franceses mandados por el príncipe Beavau, que esperaban en Bayona, mientras por el lado portugués, José I recibía tropas de tierra inglesas, a las órdenes del general Bourgoigne, aunque como Aranda intuyó, el interés de los ingleses no estaba tanto en esta guerra entre vecinos como en América, adonde ya se dirigía una formidable escuadra al mando del conde de Abermale con el propósito de tomar alguna plaza importante, siguiendo una estrategia que no había variado desde la guerra de la Oreja declarada en 1739⁵⁰.

48. De Aranda a Wall, 3 de marzo de 1761, *Cartas desde Varsovia...*, p. 108.

49. *Ibid.*, 1 de mayo de 1762 y 11 de junio, respectivamente. Es curioso, pero el mismo día que Aranda llegó a París, la formidable escuadra inglesa mandada por Abermale hacía su aparición frente a La Habana.

50. GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., “La estrategia político-militar española entre la paz de Aquisgrán y la caída de La Habana”, *Od Lepanto do Bailen. Studia z dziejow wojskowosci hiszpańskiej (XVI-XIX wiek)*, Lublin, Werset, 2010, pp. 69-92.; BAUDOT MÓNROY, M., *Julián de Arriaga y Rivera, una vida al servicio de la Marina*, Madrid, UNED, 2010, tesis doctoral dirigida por C. Martínez Shaw; PARCERO TORRE, M. C., *La pérdida de La Habana y ...*

Sin embargo, la guerra se empantanó en la frontera portuguesa. Carlos III no acertaba a comprender cómo la superioridad de su ejército no lograba imponerse y abrirle camino hacia Lisboa. Pero, ahí llegaba Aranda, ya incorporado tras pasar por Madrid y Salamanca, el gran capitán que debía acabar con la resistencia de Almeida y seguir victorioso hasta Lisboa, tan y como Konarski plasmó en sus versos. La plaza –a la que llamaban “la Doncella”, pues en las innumerables guerras entre vecinos no había sido nunca tomada– estaba a escasos kilómetros de la frontera y concentraba tras sus murallas suficientes tropas como para que el sitio se eternizara, así que las grandes hazañas que Konarski pronosticaba desde la lejana Varsovia sonaban aquí casi ridículas. Además, se veía venir la paz que, una vez más ingleses y franceses negociarían a su conveniencia. Con razón Tanucci se reía del conde de Aranda diciéndole a Wall: “mucho me temo que la velocidad francesa supere la rapidez de Aranda, pues imagino que Choiseul ha de llegar antes a la paz que el general español a Lisboa”⁵¹.

Así fue, pero Aranda aún obtuvo un éxito personal: el 30 de agosto de 1762 fue nombrado por Ricardo Wall –todavía ministro de Guerra– comandante en jefe de las tropas, tras decaer los generales más antiguos que prefirieron obedecer al *gran militar* aragonés. El cambio en la jefatura no se notó mucho en los frentes, pero sí en lo que se podía esperar conociendo a Aranda, ahora jefe supremo. Esta vez el lance de orgullo sería con el mismísimo marqués de Esquilache, ministro de Hacienda y el más cercano a Carlos III. El ministro adulaba al rey diciéndole que había dinero para mantener la guerra varios años más si hiciera falta, sin embargo, se decía abiertamente que el italiano se despreocupaba de la situación real de los soldados, que cobraban sus pagas tarde y pasaban hambre. El 18 de agosto de 1762, Esquilache salió a visitar las tropas en los puestos fronterizos y se detuvo en Almeida donde tuvo lugar el enfrentamiento verbal con Aranda. Según relatan R. Olaechea y J. A. Ferrer, el conde, con su habitual franqueza, reprochó a Esquilache que las tropas estuvieran en esas condiciones y le culpó de ello directamente, pues el ministro habría concedido los contratos de suministros “a asentadores logrerros”⁵². Precisamente, el ministro pretendía con su visita al frente acallar las voces que le culpaban de no impedir las desavenencias entre intendentes suministradores de víveres y oficiales, a lo que se sumaba el ruido permanente de la oposición al *gobierno de los italianos*, que según la opinión, seguramente agitada por los grandes, tenían al rey engañado y *cazando pajaritos*⁵³. Desde ese momento, el marqués de Esquilache se sumó a los que odiaban al conde de Aranda y seguramente comenzó ya a pensar en vengarse.

La guerra continuó unos meses en la frontera portuguesa, pero Konarski no supo que su elogiado general había vuelto a Madrid. Dejó atrás un ejército atrin-

51. Tanucci a Wall, 21 de septiembre de 1761, citado en FERRER DEL RÍO, A., *Historia del reinado...*, digitalizado en Biblioteca Cervantes.

52. OLAECHEA, R. y FERRER BENIMELI, J. A., *El conde de Aranda, Mito...*, p. 44.

53. GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., “Ideas políticas...”.

cherado, padeciendo enfermedades y mal pertrechado, prácticamente abandonado en la retirada. Hasta diez hombres diarios morían de infecciones, según comunicaba el embajador Rosemberg a la emperatriz María Teresa, y hubo que llevar médicos desde Madrid para impedir el contagio a la población civil. La guerra en las plazas fronterizas portuguesas había causado unas 12.000 bajas al ejército español y consumido muchos millones de reales⁵⁴, lo que ya empezaba a preocupar. Según un informe del embajador danés de un año después, “el Sr. Esquilache, siempre en posesión del favor y de la confianza del Rey, cerrado en sus principios, no actuando sino según sus estrechas miras y sus intereses particulares, continúa haciendo despóticamente lo que le viene en gana, llenando las arcas del Rey, enriqueciéndose él mismo, destruyendo el Comercio y la Industria, y precipitando al pueblo cada vez más a la miseria”⁵⁵.

Así pues, no solo la situación del ejército había quedado al descubierto tras la guerra de Portugal; también empezaba a ser preocupante el descontento social y las críticas al *gobierno de los italianos*, aumentadas tras los cambios que trajo la paz de 1763 y que irritaron aún más a Aranda y a los grandes. El mismo embajador decía: “el rey continúa despreciando más que nunca a sus nuevos súbditos, y estimando y distinguiendo a los napolitanos, a los sicilianos y, en general, a los italianos, y no creo que sea excesivo aventurar que el Sr. Grimaldi debe, en gran parte, a esta actitud del Rey el brillante puesto que acaba de obtener”⁵⁶. El *victorioso de Almeida* debía sufrir que el abate italiano Jerónimo Grimaldi hubiera sido nombrado ministro de Estado y Esquilache recibiera un nuevo cargo, el de secretario de Guerra, que en su fuero interno el general Aranda creía merecer más que el napolitano. Sin embargo, por el momento, debía conformarse con presidir la junta de militares que iba a juzgar a los responsables de la pérdida de La Habana, el nuevo encargo que le hacía su venerado rey. Era de esperar que el *grande* y jefe militar, humillado, actuara con suma dureza. Y así fue.

Aranda, impartiendo justicia ... militar

El Consejo de Guerra para juzgar a los responsables de la derrota de La Habana comenzó siendo una simple junta de militares sin más competencias que formar un expediente sobre la actuación de los altos cargos de la ciudad caribeña en el momento de su rendición, especialmente la del gobernador Juan de Prado y la del más alto jefe militar, el marqués del Real Transporte, yerno del marqués de la Victoria. Las sesiones comenzaron el 23 de febrero de 1763 con la idea de llegar pronto a una resolución para enviársela al rey, del que se sabía que había

54. GONZÁLEZ ENCISO, A., “El coste de la guerra y su gestión: las cuentas del Tesorero del Ejército en la guerra con Portugal de 1762”, GUIMERÁ, A. y PERALTA, V., (Coords.), *El equilibrio de los Imperios: de Utrech a Trafalgar*, Madrid, 2005, pp. 551-564.

55. OLAECHEA, R., “Información...”.

56. OLAECHEA, R., cit. en “Contribución ...”.

tomado la derrota con resignación cristiana y sin mucha intención de castigar a los responsables. Probablemente, los muchos días de sitio y bombardeos, las acciones valerosas de los defensores del Morro y sobre todo, la rápida devolución de la plaza, fueron suficientes para que el rey dejase de pensar en el asunto⁵⁷. Sin embargo, ésta no podía ser la idea de un hombre como Aranda, el *presidente*, que una vez más, desde su alta posición en *misión encargada por el rey*, desarrolló ideas propias, la más importante, mostrarse cruel con los más altos responsables pidiendo incluso penas de muerte para que luego resplandeciera la bondad de su rey, que las conmutaría.

Como era de esperar, la estrategia no contentó a todos los miembros del tribunal, entre los que había un notorio ensenadista, Jorge Juan, que informaba a Ensenada, Grimaldi y Esquilache de los pormenores del proceso. Hay que advertir que desde el perdón del marqués de la Ensenada por Carlos III en 1760, éste mantenía excelentes relaciones con Grimaldi y con Esquilache, y que, a la vez, uno de los inculpados en el juicio era el íntimo amigo de Ensenada, el conde de Superunda, también riojano y absolutamente entregado al marqués desde que coincidieron en Nápoles, en 1736, y aprovecharon las reales gracias del rey victorioso que hizo a uno marqués y al otro le encaminó a la gobernación de Chile, donde sería ascendido a capitán general y, luego, a virrey del Perú por influencia, a todas luces, de Ensenada⁵⁸.

Así las cosas, comenzaron las habladurías en Madrid, lo que molestó al conde de Aranda, que se empeñó en endurecer su actuación, levantando más aún las sospechas de que procedía así por venganza y por rencor, especialmente en el caso de Superunda. El viejo Superunda, que simplemente esperaba en La Habana un barco que le trajera a España, jubilado a sus 73 años tras cesar en el virreinato, culpó directamente a Aranda de que “esparció por todas partes un concepto muy desventajoso a todos los acusados y la mayor prueba de su desgracia y persecución”⁵⁹, sin embargo, la actitud de Aranda siguió siendo implacable; decretó el arresto de los inculpados e incluso se ofendió cuando no pudo lograr la unanimidad para su propuesta de cargos y penas, reprochando a los que votaron en contra y sobre todo al fiscal, responsable “de que el dictamen fiscal no lo

57. Al recibir la noticia de la rendición, Carlos III le dijo al embajador Ossum: “Mis tropas se defendieron bien, eso es lo que me consoló y no he dormido nunca como la noche pasada”. Palacio Atard entendió que el *beato* Carlos III aceptó la derrota con “resignación cristiana”. Seguramente, así se lo recomendó el baillío fray Julián de Arriaga, tan piadoso como el rey y alejado del mundo y de las intrigas. PALACIO ATARD, V., *El Tercer Pacto de Familia*, Madrid, 1945, p. 246. PARCERO TORRE, C. M., *La pérdida de La Habana y...*

58. GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., “Víctimas ilustradas del despotismo. El conde de Superunda...”.

59. Exposición de Superunda al rey, sin fecha ni firma (pero de 1765). Superunda dice llevar “dos años de resignación y sufrimiento, tratado como reo”, Archivo Histórico de los Territorios de Álava, en adelante ATHA, caja 40, 17.

hubiese escrito con sangre”⁶⁰. Superunda, que sufrió hasta tres ataques de alfe-recía en su prisión domiciliaria de Madrid antes de partir condenado al destie-rrro a Priego de Córdoba, donde murió en la pobreza extrema –él, que había traí-do ingentes tesoros de Lima–, acabó por reconocer que “se le incluyó en esta causa con notorio exceso y nulidad por el deseo con que la emprendió el conde de Aranda de hacerla ruidosa”, pues como llegó a exponer al rey más adelante, la junta de militares continuó el proceso contra él “guiada solo de su presidente”, a base de “los ardidés y reprobados medios de que se ha valido el conde de Aranda para seducir y conquistar los votos de los cuatro vocales que han seguido su dictamen en las disputas anteriores”⁶¹.

Era así. Aranda había convertido el proceso en una demostración política *rui-dosa*, pero no sólo él estaba interesado en *el ruido*. Otros también estaban me-diando sin dar la cara para prolongar un proceso que empezaba a provocar ru-mores de alto calado político⁶². El conde, enredado en sus propias trampas, llegó a pensar que el rey, como padre benigno y a la vez modelo y fuente de justicia, debía intervenir directamente en el proceso, lo que a esas alturas era un dispa-rate, pero no para Aranda, que –recordemos– tenía ese concepto antiguo de la monarquía. Sólo un monarca vicario de Dios en la tierra, apoyado por la nobleza de sangre, era capaz de regenerar España⁶³. Sin ministros “logreros” por medio –y menos aún extranjeros–, sin las intrigas plebeyas enseñadistas, y con el único lazo de la lealtad ciega que proporciona la grandeza, el asunto de La Habana se terminaría inmediatamente si la protección directa del rey le permitiera imponer su autoridad para conseguir, *primero justicia y luego, clemencia*, el deseo instin-tivo de todo gobernante autoritario. Era una medida que, como diría luego Fernán Núñez de otras tributadas en loor de Carlos III, “allanaba a Su Majestad los caminos de la Gloria”⁶⁴.

Así pues, Aranda no iba a ceder en su alta *misión política* y consiguió que el rey elevara el rango de la junta de generales a consejo de guerra por decreto de 14 de septiembre de 1763, con lo que un tribunal que debió haber concluido en meses iba a necesitar 200 sesiones y dos años más para terminar. La terquedad del conde prolongó el proceso y con ello, las habladurías sobre los diferentes partidos, lo que más molestaba a Carlos III, que decidió alejarle de nuevo de Madrid. Nada

60. ATHA, Caja 40,17. Exposición... Además de la documentación familiar, hasta hace unos años conservada en la casa de Laguardia y hoy en el archivo citado de Vitoria, hay mucha documentación en el Archivo General de Indias, en adelante AGI.

61. ATHA, caja 40, 17.

62. OLAECHEA, R., “Contribución...”.

63. En la carta a Arriaga, del 14 de agosto de 1763, Aranda llega a proponer que el rey se involucre “a la cabeza” de la junta: “se hace preciso, según respetuosamente opino, que S. M. expida a la Junta que presido una resolución propia de ponerse a la cabeza de los autos por apoyo de ellos; por claridad de su actuación; por decreto para los que habemos de juzgar y en qué forma; y por decoro del mismo Real nombre”. AGI, Santo Domingo, leg. 1578.

64. FERNÁN NÚÑEZ, *Vida de Carlos III*, edic. de 1898, digitalizado en Biblioteca Cervantes.

podía contentar más a Esquilache, que optó por la *solución militar*: enviarle de capitán general a Valencia, aunque instándole a terminar antes el proceso, donde el ministro sabía que Aranda estaba a punto de perder los estribos. El fiscal del tribunal, Craywinckel, se había envalentonado hasta mostrarse frontalmente opuesto a las ideas de Aranda, que escribía a Arriaga el 15 de octubre de 1764 clamando por “la asombrosa novedad de la variación que de los cargos a su conclusión hace el fiscal y de que acaso no habrá ejemplar en toda la serie de pleitos de los tribunales”. Esta “asombrosa novedad”, según el conde, “sería capaz de consternar al más experto ministro de la Junta”. Para Aranda, el fiscal “se arroga toda la autoridad del tribunal” y pretende un nuevo proceso, pues no está de acuerdo ni con los cargos, ni con las sentencias, ni incluso con el arresto de algunos reos. Era para Aranda, “un borrón muy feo”, en sus propias palabras; es decir, era el final de un largo asunto que estaba acabando muy mal para él⁶⁵.

Y es que, a estas alturas, cuando ya se habían publicado varios volúmenes de *L'Encyclopedie* y Cesare Beccaria publicaba (en 1764) *Dei delitti i delle pene*, el Aranda glorificado –como él glorificaba al rey para elevarse sobre los despreciables plebeyos– era en realidad una antigualla nostálgica de imágenes militares y sangre azul de otros tiempos, con la autoridad y el mando por delante⁶⁶, capaz de buscar argumentos incluso en las Siete Partidas, que es lo que hizo para buscar argumentos penales. Cuando Aranda consultó el célebre código legal atribuido a Alfonso X El Sabio, confesó que le había emocionado y le hizo exclamar: “Merece leerse toda entera la ley citada para imponerse del espíritu que antes reinaba y adaptar las leyes subcesivas a la verdadera inteligencia”⁶⁷. *El espíritu que antes reinaba...*, el de la Edad Media... ¡en plena Ilustración!

Entre todos los ítems de la vieja ley, a Aranda le interesaron particularmente algunos que incluso copió con entusiasmo, respetando el castellano medieval, por ejemplo: “la primera ley del título 22 es una maravilla, dice: e esforzados de corazón ha menester que sean, de manera que nom se pierdan, ni desmayen por los peligros cuando les acaecieren, antes deben haber buenos corazones, recios para esforzar e confortar a sí mismos e a los otros...”, etc., etc., así, hasta llegar a encontrar esta *perla*: “que muchas vegadas, vence el buen esfuerzo la mal andanza”. Era un gran argumento contra los que entregaron La Habana “en mala andanza”, sí, pero sin oponer “esfuerzo”, de donde vendría la acusación de “in-

65. AGI, Santo domingo, Leg. 1578.

66. Ya en Madrid, con ocasión de los motines, él mismo, a caballo, dirigía redadas por la ciudad por la noche, o visitaba el hospicio de San Fernando, verdadero “depósito” de vagos, donde Olavide aplicaba una disciplina militar. Una de las redadas se la contó en carta a Roda el 26 de mayo de 1766, al que, tras el éxito de la operación, le decía, orgulloso: “me he mantenido más de dos horas a caballo parado, enternecido de ver aquel concurso tan deseoso de justicia y tan venerador de su rey”. *Enternecido...* presenciando la detención de varios “vagos” por las tropas que mandaba. AGS, Gracia y Justicia, leg. 1009. Véase GÓMEZ URDÁÑEZ, J. L., “Ideas políticas y...”.

67. BNE, mss. 10.421, 10-49.

acción ofensiva”⁶⁸. La segunda partida le interesó más si cabe, pues era de inmediata aplicación: como “el rey da a los castillos hombres para guardarlos”... si uno pierde el castillo es traición “porque debe haber tal pena como si matase a su señor. En esta misma pena deben haber todos aquellos que fuesen ayudadores e consejeros dellos”. Esta es la razón de la pena de muerte contra el anciano Superunda, pues fue “un ayudador y consejador superior a los demás vocales”, dice Aranda, que no podía evitar pensar que un virrey actúa en cualquier caso como si fuera el rey mismo⁶⁹.

Con argumentos como estos, Aranda hacía el ridículo y podía llegar a sentirse abatido, creyéndose incomprendido o menospreciado por plebeyos. Se llegó a rumorear de nuevo que quería retirarse a sus tierras, pero al final aceptó las penas de destierro y embargo de los principales jefes e incluso se sometió a la última votación, ¿la última humillación?, que tenía por objeto decidir si los reos continuaban en prisión como pedía Aranda. Contra el orgulloso conde votaron el 5 de febrero de 1765 Jorge Juan y tres vocales más; a favor, sólo dos. El 4 de marzo, el rey ratificaba la sentencia. En carta a Grimaldi, de 9 de febrero de 1765, le decía: “Si yo fuera el rey, perdonaría lo más grave a los reos, pero a Cevallos, Vegaflorida y Craywinkel los pusiera donde no se paseasen. Perdona y manda a tu amigo”⁷⁰.

Pero no fue la última humillación. El rey, por su real gana, concedió el indulto *gracioso* al marqués del Real Transporte, por quien intercedió su suegro, el marqués de la Victoria, entre cuyos méritos estaba el de haber traído a Carlos III a Barcelona en 1759 en el Real Fénix y luego dirigir “la conducción de la infanta, archiduquesa y de la princesa de Asturias”. El rey, agradecido, colmó de honores y regalos a este napolitano de nombre Juan José Navarro, y no dudó en concederle el favor del indulto ...del primer responsable militar de La Habana, su yerno.

Al conde de Aranda sólo le quedaba cumplir órdenes y dirigirse a Valencia a ejercer su pasión por la milicia en la capitanía general. Pero como tonto no era, sabía perfectamente lo que ocurría y así se lo dijo a su amigo Muzquiz años después: “Para ir a Valencia no hubo más motivo que quererme echar de Madrid”⁷¹. Probablemente, Aranda había olvidado para entonces aquella oda latina que le dedicó un escolapio polaco tras su dulce y divertida estancia en Varsovia.

68. ATHA, caja 40, 1.

69. BNE, mss. 10.421, 10-49.

70. Aranda a Grimaldi, 9 de febrero de 1765, BNE mss 20269-48.

71. OLAECHEA, R. y FERRER BENIMELI, J. A., *El conde...*, p. 51 y ss. La carta, de 21 de abril de 1767, está recogida en FERRER DEL RÍO, A., *Historia del reinado de Carlos III*, Madrid, 1856, t. II, p. 55.